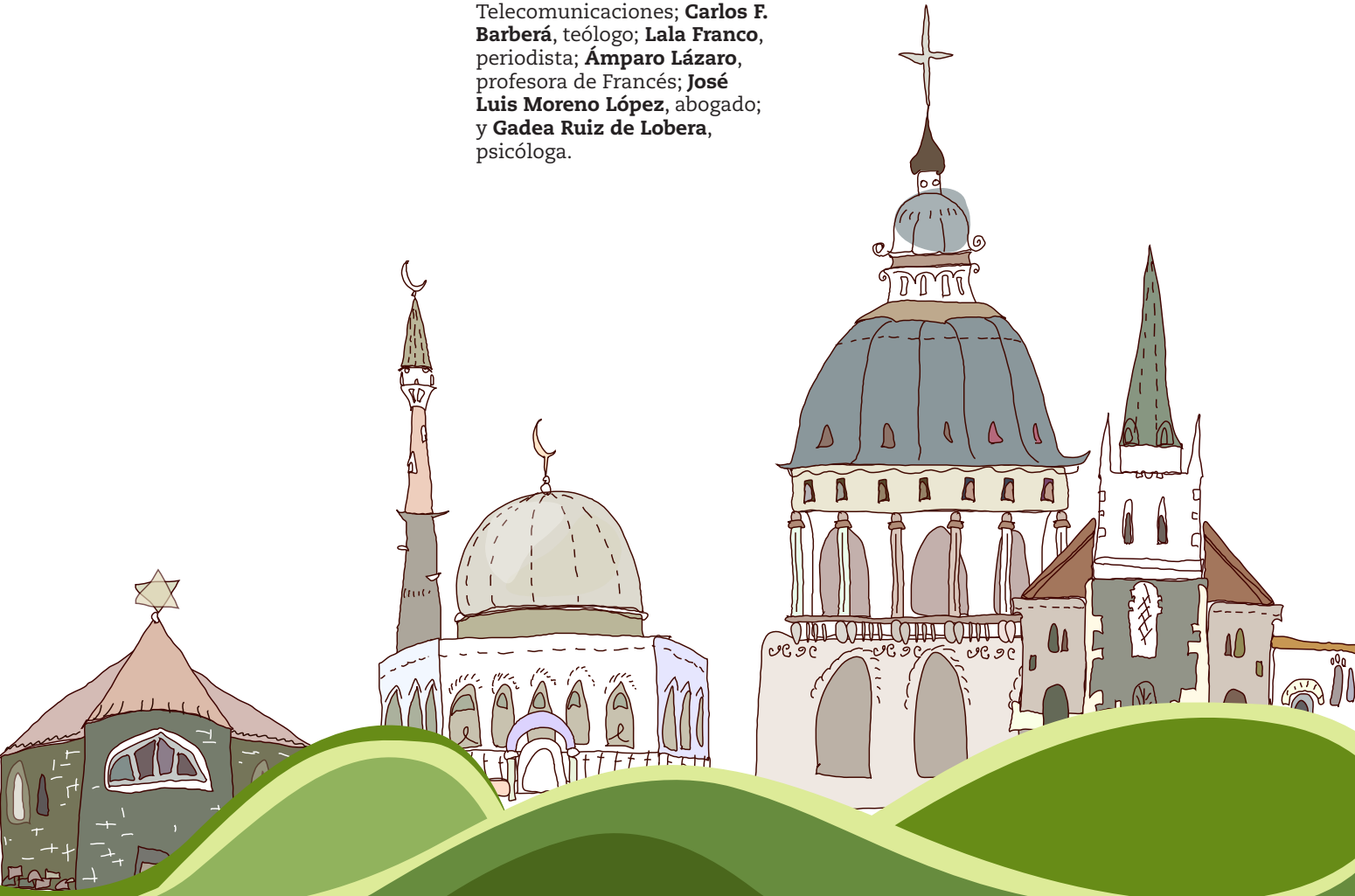


¿Para qué sirve la religión?

GRUPO ERASMO

El Grupo Erasmo está formado por profesionales cristianos interesados y abiertos al diálogo del cristianismo con otras visiones del mundo. Lo integran, por orden alfabético: **Leonardo Aragón**, profesor de Filosofía; **Dolores Cabezudo**, catedrática de Química; **Miguel del Cañizo**, ingeniero de Telecomunicaciones; **Carlos F. Barberá**, teólogo; **Lala Franco**, periodista; **Ámparo Lázaro**, profesora de Francés; **José Luis Moreno López**, abogado; y **Gadea Ruiz de Lobera**, psicóloga.



¿PARA QUÉ SIRVE LA RELIGIÓN?

No se ha cumplido la anunciada muerte de Dios, pero es evidente que nuestra percepción de Él ha cambiado. Una religión de moral y de culto está dando paso a otra de espiritualidad y de acción. En estos tiempos de crisis, también de Dios, la religión coexiste hoy con expertos, pensadores y estudiosos movidos por el deseo común de mejorar un mundo herido y cambiante. Así las cosas, ¿cuál es la aportación de la religión a esa necesaria defensa de una vida digna para todos?, se pregunta este grupo de católicos. Su propósito es explorar las vías de una colaboración fructífera con otras visiones de la realidad, incluidas las no religiosas, para dar respuesta a semejante desafío desde un diálogo sincero y un compromiso leal.



I. INTRODUCCIÓN

Una mirada atenta al mundo en el que vivimos desvela tal cantidad de daños, desmanes e infortunios que mueve al ciudadano sensible o simplemente reflexivo a preocuparse, y mucho. Una descripción descarnada del paisaje podría ser la siguiente: algunos males son provocados y otros inevitables; la ciencia y la técnica contribuirían a prevenir gran parte de ellos, e incluso darían solución a los más si se aplicaran racionalmente. Sin embargo, la mayoría de los perjuicios son originados por los mismos seres humanos, movidos por la ambición de poder, de riqueza y de dominio sin límites. Esta falta de contención hace temer por el planeta, por los propios seres vivos y, por supuesto, por nuestros semejantes.

Aun así, el mundo no está abandonado a su destino. Los organismos internacionales, la diplomacia, la política, el impulso científico, la economía sostenible del desarrollo y las iniciativas de equidad entre los ciudadanos son otros tantos elementos conformadores de un mundo más humano y más justo, aunque el resultado sea insuficiente y lento.

Este documento, redactado por católicos, parte de una voluntad de diálogo y de entendimiento con otras visiones de la realidad, también con las no religiosas. Diálogo sincero y compromiso leal de trabajar con ahínco por mejorar el mundo y actuar en defensa de quienes no tienen una vida digna. Las soluciones posibles son variadas, no cabe la uniformidad de criterio en cuestiones opinables. Vale la pena, pues, explorar la forma de una colaboración fructífera. Este es el propósito de este escrito en el que resumimos nuestra opinión.

Vivimos en un tiempo de crisis del teísmo, nuestro Dios no es ya el de la religión popular. Frente a los pronósticos de hace unas décadas, no se ha cumplido el anuncio de que Dios ha muerto. Sí, en cambio, se ha mudado nuestra percepción: el Dios que confesamos se nos muestra como misterio insondable, aunque a la vez cercano. Es un Dios que no desea otro culto sino el de la vida de sus hijos, de los que espera fruto, y fruto abundante. Termina una religión de moral y culto y apunta una de espiritualidad y acción.

La religión coexiste con colectivos de expertos, de pensadores, de

estudiosos movidos por el deseo de mejorar el mundo y la vida de los pueblos. Es necesario, pues, plantear cuál es la aportación de la religión a un mundo tan cambiante y tan dolorido.

II. DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE RELIGIÓN

Al hablar del hecho religioso, nos referimos tanto a la experiencia religiosa –que pertenece al ámbito individual, que ha de ser protegido por la libertad de conciencia– como a la religión como una realidad social e institucional con dimensión pública.

La experiencia religiosa no debe confundirse con la Iglesia o con la institución religiosa en la que se vive y se manifiesta. Ambas son respetables –y discutibles–, pero pertenecen a órdenes distintos. Una religión es un cuerpo de creencias y prácticas institucionalizadas. Por el contrario, la palabra *religioso* denota una actitud relacionada con el sentimiento, que tiene mucho en común con la experiencia estética, científica, moral o política, y puede pertenecer a todas ellas.

Dios y la religión

Las religiones han estado tradicionalmente unidas a la idea de lo sobrenatural: convienen, en general, en la existencia de un ser sobrenatural y de una inmortalidad en otra vida, más allá del mundo material.

Centrándonos en el objeto fundamental de la experiencia religiosa –Dios–, vemos que hoy los argumentos racionales y teológicos de su existencia apenas ofrecen apoyo a dicha experiencia. Las personas con fe se basan en su experiencia de Dios, en su experiencia creyente, en la que viven y que les ayuda a descubrir nuevas perspectivas y a superar momentos sombríos, abriéndoles a la esperanza.

Millones de gentes de distintas religiones tienen experiencias de trascendencia, de encuentro con el Otro: experimentan en lo hondo de sí mismos el misterio mismo de la vida como realidad de encuentro amoroso que les abre a la totalidad de lo real. Para los estudiosos de lo religioso, este Dios de la experiencia es una realidad existente, accesible y cognoscible.

Es decir, que a ese Ser particular se llega mediante un método semejante al de la ciencia experimental. Desde la *empiría* religiosa.

La interpretación particular dada a la experiencia propia –de trascendencia, encuentro, paz, seguridad, esperanza...– deriva de la cultura de la persona que la vive: se configura de modo diferente si se trata de un cristiano, un musulmán... o alguien que rechaza lo sobrenatural. Su experiencia está condicionada por la doctrina y el depósito emocional de cada uno.

El Dios revelado en Jesús de Nazaret

Dios es misterio, pero revelado. Jesús ha sido quien en la historia ha hecho más visible a Dios. Sin embargo, y paradójicamente, su ausencia se le hizo trágica, sobre todo en el Viernes Santo. Pero si alguien “se lo jugó todo a la carta de Dios” (M. Fraijó), ese fue Jesús. Toda su vida estuvo centrada en el Padre y en darlo a conocer, pero ni siquiera Él consiguió rasgar por entero el velo que oculta a Dios. Dios sigue siendo misterio y silencio, pero Jesús es el gran y mejor referente.

El itinerario al que invita el cristianismo es el del seguimiento de Jesús. Este seguimiento no es solo para ascetas o místicos: el mensaje evangélico es una invitación a todos los humanos. No hay que constituirse en un héroe para ser cristiano, porque en ese camino la *gracia* está presente. Recordemos a san Pablo o a Lutero. Ambos son testigos de lo que se puede desde la gracia.

Sin embargo, la grandeza del cristianismo ha sido oscurecida y hasta totalmente velada en muchas ocasiones a lo largo de la historia. En la cristiana Europa ocurrió lo que Elie Wiesel, recientemente fallecido, llamaba “el Hecho”: Auschwitz. Como lo expresó Dorothee Sölle, durante la época nazi en Alemania, “Dios había sido pequeño y débil. Dios era –de hecho– impotente, porque no



tenía amigas y amigos; el Espíritu de Dios no tenía donde morar; el sol de Dios, el sol de justicia, no brillaba”. También algunos siglos antes, el cristianismo había muerto varias veces en múltiples hogueras, quemando herejes y brujas e incendiando Europa en guerras de religión.

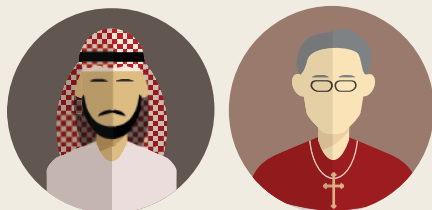
Ahora bien, conviene precisar también que las barbaridades, injusticias y crímenes señalados, y otros que se podrían añadir, no proceden del espíritu cristiano ni del mensaje de Jesús, aunque pretendieran defenderlo o tomarlo como excusa. Hay culpables, sin duda, pero ese no es el mensaje cristiano.

Si el cristianismo mantiene su fuerza y vida, es gracias a quienes han seguido y siguen con fidelidad el espíritu de Jesús, muchas veces callados y ocultos. Sus conductas invisibles mantienen la vida de la Iglesia, al poner en práctica lo que dice Mt 25: “Tuve hambre y me disteis de comer..., fui forastero y me acogisteis...”. Esta conducta refleja el único rostro posible de Dios: el de la Misericordia.

Religión, cultura, moral y ciencia

Además de animar las experiencias creyentes, la religión cristiana –y las demás religiones– han producido muchos más efectos a lo largo de la historia. Durante siglos han sido motores culturales y han inspirado muchas de las grandes realizaciones de la creatividad y el espíritu humanos. Han sido también, históricamente, fuente de normas morales. Como importantes gestores de socialización, han hecho grandes aportaciones al bien común. Pero también es cierto que las morales religiosas se han convertido en muchas ocasiones en instrumentos de poder desde su auto-otorgada autoridad.

Llega un tiempo, sin embargo, en que la moral no necesita apoyo religioso para existir. Está fundamentada y construida por los hombres, lo mismo que el Derecho. Las religiones, capaces de movilizar grandes energías morales, deben evitar la tentación de apropiarse de valores que son universales: los seres humanos tienen impulsos hacia el afecto, la compasión,



¿PARA QUÉ SIRVE LA RELIGIÓN?

la justicia, la igualdad y la libertad. Fundamentar, alimentar y ayudar a realizar esos impulsos es tarea de las religiones en la realización del bien común. No lo es el establecerse como la única fuente de legitimidad de tales principios y trabajos.

La visión religiosa ha espoleado la ciencia, pero también se ha opuesto a ella y la ha frenado. Cuando la religión ha intentado suplantar e inmiscuirse con respuestas rotundas y categóricas en ámbitos de las ciencias físicas, naturales y del hombre, siempre ha sido derrotada –y lo seguirá siendo– por el pensamiento crítico y racional. No es la misión de la religión ofrecer respuestas científicas. Aunque desde una cosmovisión religiosa puedan lanzarse preguntas a una concepción cerrada y autosuficiente de la misma ciencia. Desde finales del siglo pasado, la razón es considerada como práctica, simbólica, utópica, sentiente (**Zubiri**). Son acepciones de la razón más compatibles con la fe en Dios, y que les plantean dificultades a quienes manejan un concepto unívoco de razón.

Para acceder a Dios, como dice M. Fraijó, hay que dar paso a facultades humanas menos severas que la razón, como son “la experiencia, la vida, el sentimiento, la mística, el *humus* evangélico”.

La fe es personal

A la irremediable caída del poder de las religiones en esos ámbitos ha de suceder la ascensión de la civilidad... y de la experiencia religiosa. Una experiencia religiosa que ha ido también purificando el mismo concepto de Dios, que es silencio y misterio, que se nos revela pero también se nos oculta. “Hablamos de Dios, ¡qué tiene de extraño que tu no lo comprendas! Si lo comprendes, no es Dios!”, decía san **Agustín**. Y **Bonhoeffer**: “No existe un Dios cuya existencia se pueda demostrar”.

La cuestión de la fe es personal, no colectiva, e irresoluble por la ciencia. Y la comunión con Dios tiene que ser iniciada por el corazón y la voluntad del individuo mediante la ayuda divina directa. Aunque la religión organizada, la vida de las comunidades, haya ido perdiendo exterioridad, poder, debido a los cambios ocurridos en los últimos

siglos, ha ganado en la relación directa de la conciencia y la voluntad con Dios: la única base real y sólida de la religión. Se trata de un proceso sin duda positivo: el paso –como apuntábamos al principio– de una religión de culto y moral a una religión de espiritualidad y acción. Las instituciones religiosas deben reconocer las nuevas demandas de los creyentes para no profundizar más una crisis que puede llevarlas a su casi desaparición.

Todos los humanos estamos en el mismo barco, atravesando el mismo turbulento océano. El significado religioso potencial de este hecho es grande. Estamos en lo más profundo de la inmensa y misteriosa totalidad del ser, que la imaginación llama universo, aunque el intelecto no puede captarlo (**Kant**). La fe en Dios a través de Jesús no tiene por qué sentirse enfrentada a la fe común de la humanidad, manifestada en las capacidades del ser humano; acompaña al hombre en su caminar y le da un nuevo impulso para el camino, que no deja de ser misterio.

La religión es colectiva

La experiencia religiosa es inicialmente un hecho de conciencia. Pero su concreción se hace siempre en el terreno social, en el ámbito de lo público. Tanto las “obras” a las

que lleva la experiencia religiosa, que tiene un carácter expansivo, como las instituciones a través de las que se realizan tienen una dimensión pública necesaria. Se puede discutir sobre la relevancia o los modos de esa presencia, pero no sobre su carácter público, que es consustancial al mismo hecho religioso. Las religiones siempre son públicas. Lo que es privado es la fe.

En este sentido, parecen muy cuestionables las afirmaciones que pretenden reducir la religión al ámbito de lo privado. No es legítimo pretender que la cosmovisión no religiosa del mundo es mejor o peor que la religiosa, ni que una u otra hayan de prevalecer socialmente. Por tanto, desde lo público –las instituciones, los gobiernos– no se puede favorecer una visión frente a otra, sino facilitar la libre expresión de todas ellas desde el respeto a la ley y el bien común. Eso es la laicidad: la neutralidad del Estado ante las concepciones plurales de sus ciudadanos. Por eso hablamos de que el Estado es laico –neutral–, mientras que la sociedad, como expresión de sus ciudadanos, es plural y admite expresiones tanto religiosas como a-religiosas o, incluso antirreligiosas, con el solo límite del respeto de unas para con las otras.

En contrapartida, las instituciones y personas –sean religiosas o no– pueden opinar legítimamente sobre todo hecho social y actuación pública, pero no tienen el monopolio de la interpretación ni pueden aspirar a ser la única fuente de inspiración de la ley y las actuaciones sociales.

Las instituciones del Estado pueden colaborar con las entidades religiosas –como con las que no lo son– en las formas y modos que establezca la ley. La concreción de esos modelos de colaboración puede discutirse y adaptarse al momento histórico sin que ello necesariamente signifique una agresión a la comunidad religiosa. Pero no es la colaboración del Estado con las entidades religiosas la que pone en riesgo la laicidad, sino la imposición de un solo modelo o la exclusión de grupos religiosos o ideológicos.

En países como España, en el que aún está muy presente la memoria de los privilegios de los que ha gozado la Iglesia, esta ha de hacer el esfuerzo



de establecer formas de colaboración con el Estado que alejen toda sombra de ese privilegio, renunciando a ellos en los ámbitos en que se mantengan.

III. LOS ADVERSARIOS DE LA RELIGIÓN Y EL RECHAZO DE LO RELIGIOSO

Hay que ser conscientes de los adversarios de la religión y su rechazo al hecho religioso, en muchos casos en forma de militancia antirreligiosa, así como de las actitudes anticlericales, dirigidas contra la Iglesia católica.

En la actualidad, y en especial en el mundo occidental, la oposición a la religión adopta posiciones filosóficas o científicas, y pretende negar el hecho religioso *per se*, de raíz, con análisis de conocidos divulgadores, como **Dawkins**, **Dennett**, de gran predicamento en el mundo anglosajón. Estos autores, con una actitud muy militante, basan su rechazo en considerar la religión como una pseudociencia. Pretenden que todo tiene una explicación racional y que las formulaciones religiosas carecen de base científica. Este nuevo ateísmo militante se configura también como una nueva formulación que recoge un rechazo histórico y, en el ámbito filosófico, es heredero de las formulaciones de los llamados maestros de la sospecha.

Pero las causas del rechazo son variadas y, en general, tienen que ver con la propia historia de la Iglesia –si no con la propia historia de la humanidad– y con las actitudes de la Iglesia católica en particular, tanto en el pasado como –en algunos casos– en el presente. Algunos elementos se han señalado ya anteriormente en este artículo.

En este punto, dentro de la consideración global de la religión, el auge del fundamentalismo –sobre todo en una parte del islam– y sus consecuencias a nivel planetario en forma de conflictos bélicos y terrorismo están atizando la idea de que cualquier religión es una fuente potencial de violencia e intolerancia.

Esta conclusión podría obedecer también a motivaciones ideológicas. Pero lo cierto es que “las religiones han sido proclives al furor religioso –afirma **J. A. Marina**–, se han mezclado con el poder y resultan peligrosas”. La imagen de las Torres



Gemelas destruidas o los asesinatos y crueldades del Estado Islámico nos lo recuerdan. Pero –precisa **Fatima Mernissi**– no hay que imputar al islam como conjunto el desprecio por los derechos humanos, sino a dirigentes políticos y religiosos interesados en ignorar la democracia para mantener sus privilegios.

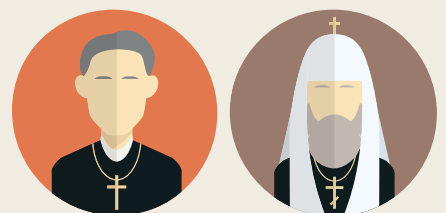
El fundamentalismo y la intolerancia no son, por otra parte, un fenómeno exclusivamente religioso: baste recordar a los jemeres rojos de Camboya y otras muchas crueldades perpetradas en nombre de ortodoxias comunistas. Pero las religiones han de ser capaces de purificarse de toda tentación de imposición y de violencia desde el respeto por la dignidad total del ser humano. No será aceptable ninguna religión que la niegue en la teoría o la práctica. Como tampoco será aceptable ninguna religión que use la coerción personal frente a la libertad de conciencia, o que utilice la violencia o el poder político para imponer las creencias. Para Marina,

otros criterios de verificación de la rectitud de las religiones han de ser: su cercanía al mensaje original, la no interpretación literal de los textos fundacionales, la libertad personal frente a la institución y la confianza en la capacidad de la inteligencia para acercar al hombre a Dios.

Al comienzo señalamos que hay un rechazo más primario, que aparece muchas veces en personas criadas en entornos familiares y sociales religiosos, y que se oponen, más que a la religión en sí, a la Iglesia y sus representantes. Este rechazo es el más sentimental y próximo y el que debe llevarnos a una mayor comprensión. Sus causas tienen que ver con actitudes de la Iglesia como institución, con sus vínculos con el poder y con la imposición de la religión católica en el pasado reciente como religión de Estado. En esa situación definía, además, la normatividad moral, y dio lugar a una práctica religiosa basada más en dogmas y ritos que en una experiencia evangélica de conversión compartida.

Este marco general tiene en nuestro entorno acentos especiales y ancla sus raíces en posturas concretas y actuales de la Iglesia que generan perplejidad y rechazo: la actitud hacia los homosexuales y transexuales o hacia los métodos anticonceptivos, especialmente en países subdesarrollados; los desgraciados casos de pederastia no perseguidos a tiempo; además de una no muy clara gestión del propio patrimonio de la Iglesia, desde las finanzas vaticanas hasta las de las diócesis y órdenes religiosas.

Estas críticas, y la base real sobre las que se asientan, impiden muchas veces valorar las aportaciones de la fe religiosa y sus instituciones al mundo, su mensaje de esperanza y el ejemplo de muchos hombres y mujeres religiosos, comprometidos con los más débiles y excluidos de este mundo.



¿PARA QUÉ SIRVE LA RELIGIÓN?

Desde la experiencia del hecho religioso, se debería intentar superar ese clásico antagonismo. En primer lugar, tomando en serio la pertinencia de muchas de esas críticas y, en consecuencia, respondiendo a ellas con las reformas necesarias y con la vocación de hacerse entender y explicar en un mundo plural y diverso. En este punto, pretender que la cosmovisión religiosa tenga que ser universalizable es un error que abundará en el rechazo.

En concreto, en nuestra sociedad se utiliza muchas veces a la religión como arma arrojada en debates que no son intrínsecamente religiosos (véase el tratamiento a las tradiciones y festividades religiosas), y que enfrentan opciones políticas y sociales diversas.

Especialmente el debate sobre la laicidad, en España, sigue siendo un debate de extremos, sin tener en cuenta que es un concepto y una práctica muy asentados en países de nuestro entorno, donde no genera tanta conflictividad.

IV. QUÉ ENTENDEMOS QUE APORTA LA RELIGIÓN

Todo tratado de fenomenología religiosa reconoce que hay creyentes puramente sociológicos, personas que se han criado y educado en una religión sin entregarse verdaderamente a ella, viviendo una costumbre que no penetra en su interior. Otros muchos que se confiesan religiosos podrán relatar sentimientos, emociones, actitudes asumidas y compromisos adquiridos por el hecho de haberse adherido a una fe. Su experiencia religiosa les ha hecho más atentos, más solidarios, más compasivos, más animosos, más esperanzados. Jesús mismo pudo comprobarlo y dar gracias cuando vio que todas estas cosas habían ocurrido con la gente sencilla.

Claro está que la religión no es una panacea, no es un remedio que, con solo ser aplicado, produzca seres generosos y entregados. Desde el primer anuncio cristiano la adhesión al Reino de Dios ha de venir acompañada de la conversión, y esta es un proceso permanente que, a veces, se olvida o se deforma. En el mejor de los casos, podrá verificarse la justeza de la frase de Karl Barth:

“Hablo de Dios, pero el que habla es un hombre”. Y ya san Pablo había hecho notar que el anuncio religioso se vuelca siempre en vasos de barro.

Es verdad, sin embargo, que cuando se recibe con pureza de corazón puede llevar al ser humano a tocar la trascendencia. Como san **Juan de la Cruz**, un creyente podrá decir: “Volé tan alto, tan alto / que le di a la caza alcance”. Jesús lo había dicho ya en las bienaventuranzas: los limpios de corazón verán a Dios.

Dos objeciones han de resolverse antes de seguir adelante. La primera dice: no solo las personas religiosas encarnan esos valores. La segunda opone: ciertamente la religión aporta bienes a quien la practica fielmente, pero se trata de algo personal sin incidencia en la realidad, que tiende a ser cada vez más autónoma. Se trata de procesos respetables pero estrictamente privados.

A lo primero hay que contestar: al menos desde el cristianismo se tiene cada vez más claro que el Espíritu no pertenece únicamente a los creyentes; estos no tienen su monopolio. Retomando la metáfora inicial del Espíritu planeando sobre el universo en construcción, el libro de la Sabiduría ya afirmaba que “sin salir de sí mismo, renueva el universo; en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas”. Y es que, para un creyente, Dios es el misterio escondido en todas las cosas, en todas las personas y en todos los acontecimientos. No es de extrañar, por tanto, que haya quienes se abran a esa llamada silenciosa a la superación de sí mismo, aunque no puedan reconocer su origen.

A la segunda objeción hay que oponer una afirmación tajante: la vivencia religiosa es siempre expansiva, comunicadora, es transmisora de valores. A veces en un entorno limitado, en ocasiones con un alcance universal. **Francisco de Asís**, **Teresa de Jesús** o **Vicente**

de Paúl, o, más cercanos en el tiempo, **Gandhi**, **Martin Luther King**, **Teresa de Calcuta** y monseñor **Romero** no tuvieron influencia únicamente por sus obras, por sus actividades sociales o, en su caso, políticas, sino especialmente por su espiritualidad y su vivencia religiosa, por el espíritu que los animaba y que irradiaban. Se trata, sin duda, de ejemplos insignes, pero existen otros muchos en la vida cotidiana.

Así pues, las personas religiosas, si son coherentes con su fe, constituyen una llamada a la espiritualidad, a la trascendencia, una invitación a lo profundamente humano. Esa es una primera aportación de la religión a la sociedad.

Pero hay que ampliar esa perspectiva. El mundo se hace más humano cuando medidas a favor de lo humano logran formar estados de opinión muy extendidos. Si actualmente hay una preocupación por el futuro ecológico, si se convocan reuniones y se aprueban resoluciones es porque la intuición ecologista –primero minoritaria– ha logrado llegar y convencer a muchos. Si la mujer, trabajosamente, va logrando cotas de igualdad con el sexo masculino, es porque la idea de la igualdad de género se va imponiendo a pesar de prejuicios y costumbres ancestrales aún vigentes.

Cuando una idea ha logrado asentarse en amplios estados de opinión, se toman decisiones, se aprueban leyes que ayudan a hacerla real. Siempre habrá, sin duda, quienes la combatan, a veces con medios poderosos; y contra ellos serán necesarios pregoneros, luchadores, profetas. Para decirlo con una palabra hermosa y olvidada, serán necesarios los *militantes*.

Los militantes cristianos deben participar –y ya lo hacen– de esas luchas, junto a los hombres de buena voluntad, para asegurar nuevos avances en la profundización de lo humano. El cristiano sabe





que el amor hecho obra a favor de la humanidad lo acerca a Dios: "Porque quien no ama, no conoce a Dios" (1 Jn 4, 8).

De ningún paso adelante en lo humano puede asegurarse que está ya definitivamente establecido. Lo hemos podido comprobar con la democracia, ese avance poderoso en la historia. Los aspirantes a dictadores seguirán acechando; también los que suspiran por una nación exclusivamente blanca o musulmana, o de este o aquel idioma. Si los convencidos de los valores democráticos no los defienden, las dictaduras volverán a asentar su trono y los que excluyen derivarán fácilmente en terroristas.

Pues bien, es seguro que la religión –o, si se quiere, la religión cristiana–, por el hecho de existir y de implantarse en una sociedad, irá permanentemente dejando anuncios de solidaridad, de respeto, de perdón. Permanentemente irá engendrando militantes, predicadores y gestores de esos mensajes. Permanentemente asegurará que el otro ser humano es un prójimo. Ese es un papel

importante para la religión en el mundo tecnificado en el que vivimos.

En los años 70, el filósofo alemán **Jürgen Habermas** sostenía que la religión ya ni siquiera se puede considerar como una cosa privada. La evolución hacia el ateísmo de masas apenas se puede negar ya empíricamente. Con el paso del tiempo, Habermas ha ido modificando su opinión. En su libro *Entre naturalismo y religión* (2003) afirma que "las tradiciones religiosas consiguen hasta el día de hoy la articulación de una conciencia de aquello que nos falta. Mantienen viva una sensibilidad para lo que no logramos conseguir, para lo que se nos escapa. Protegen del olvido aquellas dimensiones de nuestra convivencia social y personal en las que los progresos de la racionalización cultural y social han causado todavía abismales destrucciones".

De forma parecida, dice Marina que "la religión puede entenderse como la negativa a admitir la clausura del mundo natural, pragmático, economicista y técnico. Si se entiende bien, es una actitud

de rebeldía poética y creadora. No mira tanto al pasado como al futuro" en el esfuerzo humano por completar la obra de la creación.

Hay un campo en el que la religión es especialmente significativa, y es el de la fraternidad. Anunciada en la Revolución francesa, parece haber quedado relegada ante sus dos compañeras de proclama, acaso porque es más difícil configurarla en leyes. Ciertamente que, a lo largo de la historia, las religiones han separado y discriminado, pero nunca han dejado de proclamar al otro como un prójimo. En especial, han tomado como tal al marginado, al apartado de la sociedad satisfecha. En alguna ocasión **Mounier** afirmó que lo propio del cristiano no es amar a la humanidad, sino amar al prójimo, a la persona concreta. Y es que un aforismo atribuido por la tradición a Jesucristo decía: "¿Has visto a tu hermano? Has visto a Dios". En consecuencia, la religión aporta siempre "gestos y relatos de reconciliación y fraternidad" (**J. Melloni**).

Nada de todo esto, sin embargo, queremos vivirlo como un monopolio. Siempre queremos que nuestra contribución pueda fundirse con otras en la profundización del sentido de lo humano.

V. QUESTIONES PENDIENTES

A todo lo expuesto hasta aquí –ya se dijo en la introducción– subyace el deseo de colaborar en la construcción de un mundo más fraternal, más humano y el convencimiento de que esto no será posible sin la confluencia de las distintas culturas que hoy conviven entre nosotros.

Venimos de una larga historia de conflictos y de exclusiones, en los que cada cultura o doctrina se sentía obligada a eliminar a las otras. Pero parece que llega un tiempo de convivencia –no forzada, sino aceptada– y de colaboración. Esto –para decirlo con un término de resonancias cristianas– exige una *conversión*, un cambio de actitudes. Es tiempo de mirar al otro no como un adversario, sino como un colaborador.

Acaso no es ilusorio pensar que las circunstancias en las que vivimos pueden ayudarnos.

El pensamiento laico ha sido determinante, sin duda, en la historia de Occidente y del mundo. Su lucha

¿PARA QUÉ SIRVE LA RELIGIÓN?

por la libertad y la igualdad han resultado decisivas. No podemos imaginarnos nuestro mundo sin la presencia del pensamiento ilustrado. Sin embargo, la creciente demanda, la presencia cada vez mayor de lo que se ha dado en llamar *espiritualidad*, constituye una llamada para quienes ven un universo puramente científico. La mentalidad laica debería reconocer que la visión técnico-científica del mundo no es la única que existe o que deba existir. Que hay personas y grupos enteros modelados también con otros presupuestos, especialmente religiosos o cercanos a lo religioso. Pretender que esa cultura se reduzca a la intimidad no revela una visión realista. Como ya se ha explicado, siempre la religión ha generado signos y gestos, ha producido ritos, instituciones. No parece que esa cultura vaya a desaparecer. La valoración oportuna de algunas de las tradiciones, junto a la crítica legítima a sus presupuestos, puede que las ayude a la mejora y purificación. Atacar con desmesura esas tradiciones puede favorecer enquistamientos y planteamientos fundamentalistas.

Pero son también muchos los que rechazan la religión por cuestiones biográficas, por malas experiencias, por presentaciones religiosas ciertamente rechazables. No cabe sino disculparse por ello. Ahora bien, desde la voluntad de diálogo, hay también que pedir a quienes critican el hecho religioso que se pregunten por sus aspectos más válidos, por los valores que difunde y por la contribución que hace al bien común. La colaboración exige la búsqueda de lo mejor del supuesto adversario.

Sin embargo, a la vez, es evidente que la religión y la Iglesia requieren también una conversión profunda. Utilizando categorías de **Marcel Légaut**, debería pasarse de una Iglesia de autoridad a una Iglesia de llamada. No cabe duda de que el estilo, las formas, las leyes de la Iglesia convertida en autoridad han cumplido un papel histórico, pero ese tiempo ya ha pasado y hoy constituyen más bien un obstáculo para la fe.

Por el contrario, la religión de llamada renuncia a los gestos y los símbolos de autoridad y, “gracias a su acción esencialmente interior, se esfuerza por despertar al hombre a sí mismo... Por sacarlo no solo de su entumecimiento espiritual inicial, sino también de aquella cierta puerilidad religiosa que ya no se adecua a su nivel de humanidad. Le conduce especialmente hacia el encuentro de sí mismo. Le ayuda a poner en acto todo lo que es él mismo en potencia. Le llama a una actividad de creación que desborda las limitaciones que, tanto la mentalidad como la disciplina colectivas de su medio, se esfuerzan por imponerle”. Una Iglesia de llamada despertaría, sin duda, nuevas expectativas. Basta darse cuenta de lo que ha significado el fenómeno Francisco.

Muchos de los comportamientos, ritos, formulaciones éticas o intervenciones sociales de la Iglesia han ido siendo cuestionados por los progresos del conocimiento, los cambios sociales y la evolución paralela de las mentalidades. La Iglesia utilizó estos elementos sin darse cuenta de su carácter contingente y ambiguo y, poco a poco, le han ido siendo arrebatados.



Al cristianismo no va quedándole otra cosa que lo esencial, y no es poco. ¡Ojalá que la Iglesia sepa reconocerse en esa desnudez, pues será precisamente entonces cuando atraiga hacia sí a todos los seres dignos de su humanidad! El cristianismo realizará tal vez una obra espiritual que sus antiguas estructuras no hubieran podido realizar jamás, aunque conlleve vivir una dura etapa de desconcierto como la que siguieron sus discípulos después de ver al Maestro en la cruz.

¿Y cuáles serían los rasgos de esa Iglesia renovada? Sin duda, su palabra fundamental sería el anuncio: el Reino de Dios está en medio de nosotros. Su predicación consistiría en una lectura creyente de la realidad y una demanda permanente de fraternidad, en la que todos los grupos con valores humanistas podrían encontrarse. En cualquier acontecimiento, en cualquier momento, Dios está presente. Ciertamente lo está al modo que Él mismo ha elegido. No se adueña de ese momento, no elimina su carácter profano, pero aporta una compañía y una promesa.

El relato será, en consecuencia –y como ocurría con Jesús–, su lenguaje principal. Relato de las múltiples acciones y signos salvadores que creyentes y no creyentes van llevando a cabo. Porque, a la hora de contemplar la realidad, será imposible hacerlo obviando la presencia universal del sufrimiento. La lectura creyente de la realidad no puede hacerse sin que aparezca la figura de los sufrientes, también la de los que ya murieron. La Iglesia será, pues, un pueblo con voluntad samaritana, una Iglesia de servidores y no de dirigentes.

